

# LA PASIÓN DE VASILE

Vasile tiene diez años y una mente despierta. A Vasile le gustan dos cosas: el fútbol y la lectura. Tiene un balón tan maravilloso que, cuando lo chuta y mete gol, lo transporta al cielo y tiene también un carnet de biblioteca que le hace dueño de un número de libros que nunca soñó poseer.

En las ruinas en las que vive hace frío y huele a basura; no obstante, Vasile siempre sonrío. Si los que viven fuera del poblado chabolista lo contemplaran ahora, despeinado, lleno de berretes y calzado con unas botas de fútbol gastadas y demasiado grandes para su pie, pensarían que es un niño desharrapado e infeliz; pero a Vasile nunca le ha faltado el afecto de los suyos y sus lecturas le abren caminos fascinantes.

– ¡Vasile, Vasile! –lo llama la madre– ¡Trae un cubo de agua!

Le fastidia tener que abandonar el cómic *Astérix y Latraviata* en lo mejor; pero, la voz autoritaria de la madre no le deja el menor resquicio para la desobediencia.

Con el balón entre los pies, sortea la maleza que crece entre los escombros y salta por encima del montón de chatarra que su padre y sus hermanos mayores se esfuerzan en clasificar.

– ¡Cuánto cobre tenemos!– grita Vasile alborozado – ¡Padre, hoy si que estarás contento, nos vamos a hacer ricos!

El padre levanta la cabeza, sonrío, se frota las manos, hinchadas y ateridas, y se afana de nuevo en su labor de chatarrero. Los hermanos roban el balón a Vasile y juegan entre ellos haciéndole rabiar. El padre se levanta, coge el balón con un golpe de mano, se lo devuelve a Vasile y manda a los otros hijos continuar con la faena. La madre levanta la cortinilla de la chabola y grita:

– ¡Vasile, no te entretengas, que necesito el agua ya!

Un escuálido grifo, situado al lado de la carretera, abastece a los inmigrantes que se hacinan en el campamento. Vasile juega con el balón mientras espera su turno. Nicolae, otro niño rumano que también espera en la cola del agua, se acerca y trata de disputárselo, con tan mala suerte que el balón sale despedido hacia el asfalto y es aplastado por un camión.

Ambos niños se quedan desolados. No hay reproches ni justificaciones entre ellos.

Vasile necesitara un golpe de fortuna para volver a tener un balón de reglamento; pero, no es un niño mimoso y, en un lugar donde la suerte no abunda, no estaría bien llorar por la pérdida de una simple pelota.

- ¿Dónde está el balón, Vasile?– pregunta con sorna Constantin, el hermano mayor, que ya ha cumplido los dieciocho y tiene barba y un cuerpo de hombre grande y corpulento.
- Eso, Vasile, ¿dónde está el balón?– corean los otros tres hermanos con deje burlón.

Vasile no contesta, agacha la cabeza y corre hacia la chabola procurando que no se derrame el agua del cubo.

La madre le pide que cuide a la pequeña Viorica. Ella tiene que ocuparse de la lumbre y del puchero.

Vasile se tumba en el menesteroso sofá de skay en el que suele sentarse el padre y atrae hacia él a la niña. “Ven, Viorica, voy a leerte un cuento”, le dice. Coge el libro de Astérix, lo abre por la página donde lo dejó y le muestra a la hermana las viñetas. En otra ocasión, Vasile hubiera reído con las ocurrencias del galo, ahora se resiente de la pérdida de su adorado balón y le cuesta bromear y gesticular para entretener a Viorica.

La niña señala a Obélix y pronuncia su nombre con lengua de trapo. En un descuido, la pequeña arrebató el tebeo a Vasile. El niño la zarandea. “No, Viorica, dame el libro, que lo vas a romper”. La niña llora. La madre grita: “¿Qué os pasa?”. Vasile le

explica que Viorica le ha quitado el libro y que, si no entrega el cómic en las condiciones en que lo recibió, lo penalizarán.

- ¡No será para tanto, Vasile! – exclama la madre, cogiendo a Viorica, que no para de llorar, en brazos.
- ¡Sí, madre! ¿Qué vamos a hacer si me dicen que tengo que pagar el libro? ¿Y qué hago yo si me echan de la biblioteca? – dice Vasile con lágrimas en los ojos.
- ¡Vaya manía que te ha entrado a ti con los libros! – dice la madre– .Adelantaríamos más si ayudaras a tus hermanos con la chatarra.
- ¡Ya lo hago, madre!– dice Vasile– Pero mi tutora dice que siempre se puede sacar un ratito para leer.
- Dile a tu maestra que, para la gente pobre, eso es un lujo – dice la madre dando por zanjada la conversación.

Vasile se acuesta en el camastro que comparte con Constantin. “Ya pillaremos un balón por ahí”, dice el joven a modo de disculpa por haberse burlado de Vasile. Su hermano se ha hecho tan grande que apenas le deja sitio para dormir. A veces tiene la sensación de ser un ratón y Constantin, un oso a punto de aplastarlo; pero, esta noche no le importa. Hace frío y está triste; le gusta la compañía.

Cuando cae la noche, el cobertizo en el que viven parece menos triste. Pueden considerarse unos privilegiados; tienen un generador de electricidad y hasta pueden conectar un pequeño televisor. El almacén de chapa, forrado de moqueta, los aísla del frío; además, tienen muchas mantas y un par de edredones de plumas que los hermanos encontraron en un contenedor. Vasile no es consciente de la miseria que lo rodea. Su madre suele decir que allá en Rumanía vivían peor, que no tenían asistencia sanitaria, que los pequeños no podían ir a la escuela y que no podían comprar ni una barra de pan. Vasile está convencido de que Toledo es un paraíso. Al niño le gusta ir a la escuela y Marita, la tutora que le ha correspondido en el centro de integración de inmigrantes, dice que es un chico muy listo y que, si se esfuerza, cuando sea mayor, podrá tener un trabajo digno. Sí, comparada con las expectativas que la familia tenía en Rumanía, la vida en Toledo está llena de posibilidades.

Marita es una joven muy dulce y muy guapa, tiene las manos pulcras y delicadas y huele a esos perfumes carísimos que despachan en la planta baja de los grandes almacenes. Vasile está enamorado de ella. Es un amor silencioso que le reconforta y le hace soñar. Marita le ha enseñado a leer y le ha aficionado a los cuentos. “Vasile – le dijo una mañana Marita–, creo que deberías sacarte el carnet de lector de la biblioteca”. Aquellas palabras fueron un regalo para Vasile. Marita lo destacaba entre todos los niños de su clase y eso constituía un honor para él. No la decepcionaría.

La primera vez que Vasile acompañó a Marita a la Biblioteca de Castilla-la Mancha, le pareció un espacio grandioso. El alcázar le impresionó tanto como la majestuosa catedral de Budapest, que visitó una vez, antes de emprender viaje a España, acompañado de sus padres y sus hermanos para pedirle a San Sebastián suerte y protección. A decir verdad, el interior de la Biblioteca, tan limpio, tan luminoso y tan ordenado, lo intimidó. Los niños que había en la Sala Infantil no se parecían a él y eso le producía cierto temor a ser rechazado.

Marita recorrió los estantes y seleccionó unos cuantos libros. Se sentaron en un lugar apartado, estaban ellos dos solos, aislados del resto por dos altas estanterías. Marita le animó a hojear los libros mientras ella estudiaba las oposiciones de magisterio.

A Vasile le llamó la atención la portada de *Las Grandes Batallas Navales Contadas a los Niños*. Abrió el libro y antes sus ojos apareció Salamina, con el héroe Temístocles; la batalla de Accio, donde Marco Antonio y Octavio se enfrentaron por el dominio de Roma; Lepanto, que selló el triunfo de la cruz sobre la media luna; el desastre de la Armada Invencible; las batallas de Abukir y Trafalgar, donde quedó patente la supremacía de Gran Bretaña y, por último, el enfrentamiento de las escuadras británica y alemana en la península de Jutlandia durante la Primera Guerra Mundial. Vasile apenas entendía los nombres, se guiaba por los dibujos; pero, intuía que aquellas páginas guardaban historias fascinantes y tenía verdadero interés en descubrirlas.

“¿Quieres llevártelo a casa?”, le preguntó Marita. Vasile esbozó una amplia sonrisa. Claro que quería llevárselo. Lo envolvería en varias bolsas de plástico y lo cuidaría

durante los veinte días del préstamo para que no le afectaran las míseras condiciones de su vivienda. A eso se comprometía y estaba dispuesto a cumplirlo.

Él, que tenía como juguetes unos cuantos soldados sin cabello de *Legó* y un *Action Man* mutilado que Constantin encontró en la basura, de repente, era propietario de verdaderos ejércitos y podía soñar con ser el aguerrido Temístocles o el gran estratega Nelson. Vasile, por primera vez en su vida, se sintió un niño rico, tan importante como los otros niños que leían en la sala. No sabía expresar con palabras que los libros tienen la virtud de expandirse desde su origen como los perfumes, que se graban en el cerebro de quien los lee y que le hacen poseedor de la historia que contienen.

Vasile acompaña a Marita a la Biblioteca siempre que se le presenta la oportunidad y, cuando lo hace, se siente un privilegiado. Cuando Marita se cansa de estudiar, pasea con Vasile por la terraza del claustro o lo invita a un refresco en la cafetería. Hablan poco; pero se comprenden a la perfección. La joven quiere sacar las oposiciones de magisterio y estudia cinco horas diarias. Vasile le desea lo mejor; pero, teme que, si aprueba las oposiciones, Marita abandone el centro de inmigrantes y no vuelva más por la Biblioteca.

Vasile piensa en eso esta noche. Parece que la vida es una sucesión de pérdidas. Hoy ha perdido el balón y le atormenta la posibilidad de perder a Marita más que en otras ocasiones. Le gustaría hablar de ello con Constantin. Vasile cree que es menos bruto de lo que todos piensan; pero, teme que, si le cuenta lo que siente por la maestra, se burle de él y se lo cuente a sus hermanos. Guarda silencio, se aovilla en el escaso espacio que le deja Constantin y se pierde en ensoñaciones que tienen mucho que ver con Marita y con el poblado de Astérix que recrean los cómics que ha leído últimamente.

No ha transcurrido ni una hora desde que se durmió cuando siente la manaza de Constantin en su hombro.

– ¡Fuego, fuego!; Despierta, Vasile, despierta!

En el poblado se ha declarado un incendio. Ferdinand Popescu, el padre de Vasile, maldice a su vecino Ion Stoica. Popescu ha advertido muchas veces a Stoica de lo

necesario que es tomar precauciones en la quema del plástico que rodea los cables de cobre. Los chatarreros del campamento saben que pagan más por el metal limpio y todos aprovechan la noche para deshacerse de la envoltura. Stoica ha conseguido robar cerca de trescientos kilos de cobre y no ha querido dar participación a sus vecinos. ¡Maldito egoísta!

La policía y los bomberos ocupan el campamento y obligan a los pobladores a abandonar sus cubiles. Ahora, todos están bajo el punto de mira, eso es lo que ha conseguido Stoica. Ferdinand urge a su familia a abandonar la vivienda. Vasile, totalmente aturdido sale del tugurio de la mano de Constantin. De pronto, sin que su hermano mayor tenga tiempo de reaccionar, echa a correr hacia su chabola, que arde por un costado “¿Qué demonios hace ese muchacho?”, se preguntan todos. La madre grita : “¡ Vuelve, Vasile, vuelve!!Este hijo mío está loco, está loco!”. Ferdinand coge unas mantas empapadas en agua para ir a buscarlo. No le da tiempo. Vasile ya regresa. Viene cargado con la bolsa de plástico donde guarda los libros que tiene que devolver a la Biblioteca. Se siente muy orgulloso de haber salvado sus preciosos libros de las llamas. Como Temístocles, como Nelson... ¡Tiene que contarle a Marita lo que ha sucedido!

– ¿Cómo se te ocurre, Vasile? ¡Me vas a matar a disgustos! – le recrimina la madre.

– Madre, estoy aquí. No me ha pasado nada.

–

Los policías no dan crédito a lo que ven. No entienden cómo Vasile ha arriesgado la vida para salvar... unos simples libros.